

preparada sus criados, dando órden de que separados y por diversos senderos le siguiesen los señores de Cohnatepec y Huexotla, así como varios de sus principales partidarios, al bosque de Tecutzinco, hácia donde se dirigia.

Para ir con mas seguridad tomó las calles menos concurridas; notando, empero, que sus enemigos habian apostado tropas por todas partes, y que podian descubrirle fácilmente, se detuvo en la casa de Tozmantzin, uno de sus parciales de mas confianza, el cual vivia en Coxtlan, arrabal situado á la salida de la ciudad.

Mientras que esto pasaba, los enviados de Azcapuzalco acabaron de comer y aguardaban que se les llamase para tratar del supuesto negocio, sin entrar en sospechas, pues aunque al separarse de la puerta Coyohuatzin dejaron de ver al príncipe, pensaron que estaria en alguna otra parte de la sala. Sin embargo, observando que trascurrea mas tiempo del necesario, y que no aparecia ningun criado de la casa, porque casi todos se habian ausentado en seguimiento del príncipe, concibieron temores de que este se les escapase, y resolvieron entrar sin que les llamara, como en efecto lo hicieron, viéndose burlados cuando mas seguros se creian de ejecutar las órdenes inícuas del tirano.

Sin pérdida de tiempo, y calculando que Nezahualcoyotl no podía estar lejos, registraron todas las casas de los que eran conocidos por su adhesion al príncipe, maltratando á los dueños de ellas para que declarasen el paradero de aquel. Deja entenderse que todas estas pesquisas fueron infructuosas; no faltó, sin embargo, quien le denunciase á sus enemigos, quienes se dirigieron en el acto á la casa de Tozmantzin, en donde habrian aprehendido de seguro al fugitivo, si no hubiese sido por la lealtad de aquel, la astucia de su mujer Matlalcihuatzin y la fidelidad de sus criados.

Todos los moradores del arrabal de Coxtlan estaban dedicados á la fabricacion de telas hechas con la fibra del maguey, llamada ixtli; Tozmantzin era el jefe de esta industria, y á su casa se iba á depositar el material necesario para dichas

telas. Cuando Matlalcihuatzin vió llegar á los soldados, introdujo inmediatamente á Nezahualcoyotl á la pieza destinada á guardar el ixtli, cubriéndole con una gran porcion que le echó encima. En vano los crueles tecpanecas golpearon é hirieron á Tozmantzin, á su esposa y á sus leales criados; todos guardaron el secreto, sin que los asesinos pudiesen lograr el hallar á su víctima, que con tanta ansia buscaban.

La gratitud del príncipe hácia sus fieles guardadores no reconoció límites; pero viendo que sin peligro no podia permanecer mas tiempo en aquella casa, se resolvió á seguir su camino hácia el bosque de Tezcutzinco, lugar de cita para sus leales partidarios. Aguardábanle, no obstante, nuevos peligros. Al subir una loma observó que una partida de enemigos tomaba el mismo rumbo, y aunque no le habian visto, apresuró el paso y llegó á un punto en donde se hallaba un hombre con su mujer cosechando chian. Manifestóles el riesgo que corria, y en el acto aquellos honrados labradores le hicieron tenderse en tierra, y le ocultaron bajo un monton de yerba. No tardaron en llegar los perseguidores, é informándose de si habian visto pasar á Nezahualcoyotl, la mujer, cuyo nombre era Cozcateotzin, respondió afirmativamente, añadiendo que parecia seguir el camino de Huexotla, y que si querian alcanzarle era preciso que marchasen muy de prisa, porque él iba con una gran velocidad.

XX.

Poco á poco se fueron reuniendo en el bosque de Tezcotzinco los señores y demas parciales á quienes Nezahualcoyotl habia citado, á fin de adoptar una resolucion en vista del aspecto crítico que habian tomado los negocios. De la conferencia allí celebrada, resultó lo siguiente: Huitziluhuitzin, partidario influente que vivia en Ostoticpac, barrio de Tezcoco, regresó á su residencia con objeto de estar pendiente de todas las operaciones de Maxtla, y ponerlas con toda prontitud en conocimiento del príncipe. Quauhtlehuanitzin, hermano de éste, deberia permanecer tambien en Tezcoco para preparar y organizar á los partidarios, ejecutando tan difícil encargo con la mayor reserva. Los señores de Cohuatepec y Huexotla con sus capitanes, así como los de Cohuatlican, volverian á sus ciudades respectivas para hacer iguales preparativos. Xolotecuhtli partiria para Chalco á hablar con Totzintecuhtli, señor de aquel lugar, para que conforme á las promesas hechas reuniese la gente necesaria y se fuese acercando á Cohuatlican contra Quetzalmaquistli, señor de la ciudad, en donde habia un gran número de tecpanecas, por haberla convertido el tirano en caja para la recaudacion de

los tributos; y por último, Tlatoltzin iria á ponerse de acuerdo con Cohuatlitlatzin y Motoliniaztzin, señores de dos grandes poblaciones de Cohuatlican, para que alistasen sus tropas.

Tomadas estas disposiciones, mandó á un criado llamado Miti, para que en union de otros villanos marchase por delante, preparándole de comer en los sitios que fueran mas á propósito, así como enramadas para dormir, puesto que no podia alojarse en las poblaciones. Otros dos criados, Colicatl y Calmimilocatl, partieron como exploradores del camino que debia seguir el príncipe, quedando Huitziltetzin con el mismo objeto á retaguardia y á cierta distancia. Dadas estas medidas, que manifiestan el espíritu cauto y prevenido de Nezahualcoyotl, se puso en marcha.

No tardó en recibir el errante príncipe muestras repetidas é inequívocas del afecto de sus partidarios. Al pasar cerca de Matlaometepep ó Matlallan, salió á su encuentro Teixpantzin, señor del lugar, haciéndole aceptar su hospedaje y ofreciéndole que estaba pronto á defenderle en caso necesario. De Zacaxochitlan salió Toleca á presentarle una abundante comida, y Quaco, señor otomí de Pinolco, hizo que se alojara en su casa, previniendo todos los obsequios que pudo para que pasase la noche cómoda y agradablemente.

En Pinolco corrió Nezahualcoyotl uno de esos terribles riesgos de que solo por su buena estrella pudo escapar. Sucedió que Quaco, reunida bastante gente armada para lo que ocurriese, y habiendo despachado espías en diversos rumbos para que vigilasen los caminos, hizo que bailasen para que el príncipe se divirtiese, colocando en medio del patio el gran tambor llamado tlapahuehuetl. Era este un instrumento formado de un tronco de árbol bastante grueso, hueco y cubierto por la parte superior con un parche, que se colocaba verticalmente sobre el suelo, en el que se apoyaba sobre unos pequeños pies labrados en el mismo tronco.

Era ya bien entrada la noche, cuando los espías llegaron á avisar que estaba cerca una tropa tecpaneca, que se diri-

gia á Pinolco. Quacoz, sin turbarse, hizo que el príncipe se ocultase inmediatamente debajo del tlapahuehuetl; puso á su gente sobre las armas, y ordenó que siguiese el baile. A poco rato llegaron los tecpanecas, y dando por cierto que allí se encontraba Nezahualcoyotl, preguntaron por él. Quacoz, fingiendo no entender la pregunta, y aparentando creer que los que llegaban eran ladrones, empezó á dar voces, excitando á los suyos á que se echasen sobre los supuestos salteadores. Hízose así, cundiendo la alarma en todo el lugar; y saliendo de sus casas los habitantes á tomar la defensa, presto pusieron en fuga á los tecpanecas, en los que causaron grande estrago. Despues de esto Quacoz redobló la vigilancia reforzando su tropa y repartiendo exploradores por todos lados, asegurando al príncipe que podia reposar sin temor de ser sorprendido.

El dia siguiente, Quacoz manifestó á Nezahualcoyotl lo inconveniente que era el que continuase en el lugar, así como que prosiguiese su camino, porque no faltaria algun traidor que en uno ú otro caso le denunciase á sus enemigos, los cuales no dejarían de volver despues del reves que habian sufrido la noche anterior. El medio de salvar la dificultad, era que el príncipe se retirase al monte, en donde le habia ya hecho construir una choza suficientemente espaciosa para que pudiera alojarse con los criados de confianza que llevaba. El ilustre fugitivo se rindió á las sólidas razones de su amigo, y se dirigió en su compañía al lugar que le estaba destinado.

En el camino observó Quacoz que el príncipe iba triste y meditabundo, y preguntándole la causa, respondió que con lo precipitado de la fuga no habia cuidado de proveer á la seguridad de sus mujeres, que quedaron abandonadas en su palacio de Tezcoco, y temia que sus enemigos hubiesen tomado en ellas una cruel venganza. El señor de Pinolco le tranquilizó, ofreciéndose á ir disfrazado para informarse de lo que hubiese sucedido, y llevarle á sus mujeres si estaban vivas. Así lo hizo, en efecto; y hallando que los tecpanecas

preocupados con la persecucion de Nezahualcoyotl, no se habian acordado de las referidas mujeres, marchó con ellas en cumplimiento de su promesa.

Poco despues de haber vuelto Quacoz al lado del príncipe, se le reunieron su hermano Cuauhtlehuanitzin y su sobrino Tzontecohuatl, que de acuerdo con el primero, habian marchado por diferentes rumbos. Nezahualcoyotl sintió un gran placer al verlos, y juzgando pasados los peligros que le habian detenido, resolvió continuar su marcha, acompañado de una comitiva considerablemente aumentada.

XXI.

Al despedirse del príncipe, manifestóle Quacoz que no le seguía porque le era preciso quedarse en Pinolco preparando su gente para el momento oportuno, pero le dió seis hombres de confianza, de los que le habían estado asistiendo en el monte.

Al llegar cerca de Tlecuilac, un gran número de personas salió á reunírsele. Notando esto Nezahualcoyotl, aunque vivamente agradecido á aquellas demostraciones de afecto, comprendió que podían serle perjudiciales, pues servirían para llamar la atención de sus enemigos y hacer más fácil su persecución; así fué que volviéndose á aquellas gentes les habló en los siguientes términos: "Fieles vasallos y amigos, ¿á dónde vais? ¿A qué padre seguís, que os ampare y defienda? ¿No me veis ir fugitivo y afligido, por montañas y desiertos, siguiendo las veredas de los venados y las sendas de los conejos, para ocultarme á la furia de mis enemigos, y que aun con todo esto no estoy seguro de que no me alcancen y descubran, y me quiten la vida, como la quitaron á mi padre, que era más poderoso que yo? ¿No me veis huérfano y perseguido, sin saber si seré bien recibido de aquellos

cuyo auxilio voy á implorar, ó si por complacer al tirano ó no caer en su desgracia, conspirarán á mi ruina? ¿A dónde, pues, vais? ¿Cuál es vuestro designio, cuando ni yo puedo ampararos, ni vosotros podeis defenderme? Volveos, volveos á vuestras casas, donde habeis dejado desamparadas vuestras familias y haciendas; volveos á cuidar de ellas; que si el Dios Todopoderoso me ayuda para poder recobrar mi imperio, allí me servirá más vuestra fidelidad, que no en venir á morir conmigo en estos desiertos."

La numerosa concurrencia escuchó en silencio aquel elocuente razonamiento, pero en vez de condescender á lo que el príncipe deseaba, manifestóse resuelta á seguirle en su marcha y correr la misma suerte, pues con este objeto habían abandonado sus casas y familias. Nezahualcoyotl se enterneció ante aquel rasgo de adhesión ilimitada, pero persistió en su primera idea, probando lo inconveniente de tal propósito, que solo podía servir para comprometer su causa, mientras que retirándose entonces, estarían mejor preparados para una lucha que no se haría aguardar mucho tiempo. Lo que el príncipe decía era de tal manera claro y evidente, que se resignaron por fin á volverse, quedando con él solo los que fueron considerados necesarios para asistirle. En aquella vez, para mejor persuadir á sus leales partidarios, Quauhtlehuanitzin recibió la orden de regresar á Tezcoco, lo que verificó en compañía de otros muchos.

Libre ya Nezahualcoyotl de sus empeñosos amigos, prosiguió su camino, llegando á pernoctar en el pueblo de Tecpan. Allí recibió á unos embajadores que le enviaron los señores de Chollolan, que eran sacerdotes, quienes le ofrecían un asilo en la ciudad mientras que se hacían todos los preparativos necesarios para atacar al tirano; preparativos que por lo demás estaban ya muy adelantados en la ciudad y provincia de Chollolan. Todas estas demostraciones eran otras tantas pruebas de lo favorable que era al príncipe el sentido de las poblaciones; agradeciendo empero el motivo de la embajada, se rehusó á aceptar el ofrecimiento, tanto

por la distancia, como porque deseaba llegar cuanto antes á Tlaxcallan y recorrer otros puntos para recoger los auxilios que tenia prometidos.

El dia siguiente tomó el camino de la sierra de Huilotepec, en donde pasó la noche. Desde allí envió cerca de los señores de Huexutzinco, á Coyohua y Teotzincatl, individuos de su séquito, con objeto de avisarles de su presencia en aquellos puntos, para que le prestasen el socorro que pudiesen. Al otro dia, puesto de nuevo en marcha, observó de lejos un grupo de tropas tecpanecas, que regresaban á Azcapuzalco despues de haber recorrido en su busca las provincias de Tlaxcallan y Huexutzinco. Inmediatamente, tanto el príncipe como sus compañeros, se ocultaron entre unas matas de sauco que estaban á orillas del camino. Al pasar los enemigos cerca de aquel paraje encontraron á un hombre del pueblo, á quien preguntaron por el príncipe, y recibiendo una respuesta negativa, le dijeron que si acaso le veia avisase luego, prometiéndole los grandes premios que Maxtla habia ofrecido al que le entregase. Apenas se habian retirado los tecpanecas, cuando Nezahualcoyotl salió de su escondite, y dirigiéndose al hombre le interrogó sobre si por ganar las prometidas recompensas entregaria al príncipe en caso de hallarle, á lo que contestó el campesino que nada de aquello le servia, pues allí hacian mas aprecio de la fidelidad á su legítimo soberano, que de todas las mercedes del usurpador: palabras sencillas, pero que eran un nuevo indicio de los progresos que habia hecho en todos los pueblos la causa del heredero legítimo del trono chichimeca.

Al pasar por la sierra de los tepehuas, en donde tuvo que pernoctar, todos los habitantes de los contornos se apresuraron á ofrecerle sus buenos oficios, proveyéndole de cuanto necesitaba. En Quiautepec le alcanzaron los emisarios que habian ido á Huexutzinco, llegando en seguida dos enviados de los señores Xayacamachan y Temayuhuatzin, con regalos de varias clases, y la oferta de obedecer sus órdenes en el momento que lo creyese oportuno.

El dia siguiente continuó el príncipe su viaje, y llegó al pueblo de Tlalnepanolco, perteneciente á la provincia de Tlaxcallan. Allí le aguardaba un capitán distinguido, llamado Ixtlotzin, á quien enviaron los señores de Tlaxcallan con el objeto de manifestarle que estaba pronto el auxilio para ayudarle en su empresa, lo cual habian hecho con mucho secreto, porque los tecpanecas, recelosos de que se ocultase en la ciudad, andaban disfrazados buscándole por todas partes. Para burlar estos intentos se hacia necesario que no entrase en la capital, sino que se dejase conducir por el embajador á un campo cercano, en donde le tenian preparadas habitaciones provisionales, formadas de ramas y carrizos, á las cuales no faltaba, sin embargo, nada de lo necesario. Nezahualcoyotl expresó su agradecimiento en sentidas y elocuentes frases, y siguió al embajador al sitio indicado, secundando en todas sus partes el plan de los tlaxcaltecas.

XXII.

Llegamos ya á la época mas importante de la vida de Nezahualcoyotl. Hasta aquí hemos podido admirar su resignacion, su prudencia, su profundo disimulo para sobreponerse á las situaciones mas difíciles, á la vez que ese valor tranquilo y reposado que afronta el peligro y no retrocede ni flaquea ante lo que agobia á los hombres vulgares. Sin perder de vista un solo punto el grande objeto que tenia que alcanzar, cual era reconquistar el trono de sus mayores, todos los actos de su vida se habian encaminado hácia él, no desalentándole los rigores de la mala fortuna, ni precipitando con impaciencia los acontecimientos, que por sí solos se habian venido determinando hasta el punto que tocamos de nuestra narracion. El largo estudio que habia hecho de las personas y de las cosas que le rodeaban; el perfecto conocimiento que poseia de la opinion de los pueblos, y sobre todo, el extremo en que se le habia colocado de huir para salvar una vida tantas veces y tan alevosamente amenazada, le ponian en la necesidad de obrar declarando la guerra al tirano.

Por otra parte, los sucesos se habian precipitado á medida de su deseo. Los mexicanos y tlaltelolcas, no consintien-

do en abdicar su independencia como lo pretendió el jefe de Azcapuzalco, habian elegido por reyes á Itzcohuatl y Quauh-tlatohuatzin, y uniendo sus esfuerzos contra el enemigo comun, habian roto las hostilidades, emprendiendo una de esas luchas terribles en que no hay mas alternativa que la de vencer ó sucumbir en una esclavitud verdaderamente oprobiosa.

Al llegar Nezahualcoyotl al rústico alojamiento que le tenian preparado los tlaxcaltecas, lo primero que hizo fué volver á despachar á Xolotecuhtli cerca de Totzintecuhtli, señor de Chalco, para que segun se lo tenia ofrecido, se moviese con sus tropas y entrase en determinado dia (el 5 de Agosto) por el territorio de Cohuatlican, arrollando á los enemigos hasta juntarse con el ejército que el príncipe mandaria en persona, y que invadiria por Otompan, conquistando aquella provincia y la de Acolman. Xolotecuhtli recibió orden de pasar por Tezcoco y consultar aquel plan con Quauh-tlehuanitzin y Huitzilihuitzin.

A la vez llegaron mensajeros de las provincias de Huexutzinco, Chollolan, Zacatlan, Tototepec, Cempohualan, Xaltocan y otras, manifestando estar prontas sus fuerzas para moverse segun las órdenes que se les comunicaran. El príncipe les previno que el dia siguiente al antes indicado, y que correspondia al 4 de Agosto, se hallasen todos en Calpolalpan, pueblo situado en los llanos de Apam, perteneciente á la provincia de Tezcoco, para penetrar por las tierras de Otompan.

Xolotecuhtli partió á cumplir su mision, y habiendo llegado á Tezcoco la comunicó á Quauh-tlehuanitzin segun lo acordado. Este le dijo que no convenia que fuese á Chalco, porque el señor de aquella provincia, á pesar de los compromisos que tenia contraidos con Nezahualcoyotl, habia ofrecido á Maxtla ayudarle en su guerra contra los mexicanos. Huitzilihuitzin fué de distinta opinion, no creyendo que Totzintecuhtli faltase á su palabra solemnemente empeñada. Habia la circunstancia que Huitzilihuitzin era hermano de Atozquentzin, mujer del señor de Chalco, por lo cual recomendó

á Xolotecuhtli que antes de hablar con dicho señor manifestase á su hermana el negocio que llevaba, para que ella le ayudase en su empresa, persuadiendo á su marido al cumplimiento de su palabra.

Signió este último parecer el enviado del príncipe, y se puso luego en camino. Al llegar á Chalco tuvo una entrevista privada con Atozquentzin, en la que le manifestó esta que era cierto el cambio operado en el ánimo de su esposo, pero que á pesar de eso le hablaría inmediatamente para ver si lograba persuadirle á que prescindiese de sus nuevos propósitos. Hízolo así en efecto, mas Totzintecuhtli se mostró inflexible, dando por razón los temores que abrigaba de que Nezahualcoyotl se uniese con su tío el nuevo rey de México, hombre soberbio y ambicioso, que una vez destruido el imperio tecpaneca, pretendería absorber todos los señoríos independientes. A esta consideración se agregaba la de que creía que todos sus principales capitanes preferían el partido del emperador al del príncipe.

No obstante, las instancias de Atozquentzin fueron tan vivas, que el señor de Chalco se decidió al fin á adoptar un medio, y fué el de convocar una junta compuesta de todos los principales señores de su corte, para que en su presencia compareciese el embajador de Nezahualcoyotl, y ellos decidiesen lo que hubiera de hacerse. La junta permaneció perpleja después de haber oído el discurso del enviado, que puso en su conocimiento que su señor, secundado por muchos príncipes que señaló, se hallaba á la cabeza de un ejército que llegaba á cien mil hombres. La mayoría se inclinaba á que se diera el auxilio pedido; pero temiendo que el pueblo fuese de distinto parecer, Totzintecuhtli resolvió apelar al bárbaro expediente que se acostumbraba en casos semejantes.

En medio de la plaza principal se levantó un tablado, y en él se colocó al embajador, atado de pies y manos á un alto palo, cubriéndole con mantas. En seguida se convocó al pueblo al son de instrumentos militares, y un pregonero le

hizo saber el objeto de aquella reunión, diciendo que si se decidía el auxilio al príncipe, se desataría inmediatamente al embajador para que fuese á dar cuenta de su misión; pero que si el pueblo opinaba en contrario, se le quitaría luego la vida haciéndole pedazos. Se descubrió entonces al embajador, que con el terror que es fácil figurarse, quedó aguardando su sentencia. El pueblo no se hizo esperar mucho tiempo, pues levantando una gran voz pidió que le desatasen, manifestándose todos resueltos á tomar las armas en favor de Nezahualcoyotl.

Después de aquella solemne declaración, no quedaba á Totzintecuhtli más recurso que acatarla, y recibiendo muy afable al embajador, le dijo que comunicase al príncipe que el día siguiente se movería con todo su ejército para seguir la marcha que se le había indicado. Xolotecuhtli quedó tan espantado con el tremendo peligro que había corrido, que al llegar á Tezcoco y dar cuenta del suceso á Huitzilihuitzin, no se resolvió á pasar adelante por más instancias que aquel le hizo, arrojándole el temor de los riesgos que pudieran presentársele en momentos en que reinaba ya una grande agitación entre los amigos y los adversarios de Nezahualcoyotl. Al ver esto, Huitzilihuitzin, aunque convaleciente de los tormentos que había sufrido, se puso en marcha para ir á participar al príncipe la disposición en que quedaba el señor de Chalco.

XXIII.

Mientras que esto pasaba, Nezahualcoyotl se movía ya en son de guerra conforme á los planes que había combinado. El día 2 de Agosto salió de su alojamiento de Tlaxcallan con la tropa y recursos que allí le habían proporcionado, y marchó sobre Calpolalpan. Su fuerza se aumentó considerablemente en las varias poblaciones que tocó de pasó, de suerte, que en la ciudad mencionada, pudo ya reunir el día siguiente un ejército de cosa de cien mil hombres, aunque no todos estuviesen armados. En la madrugada del día 4 se dirigió á Otompan, de que se apoderó sin resistencia, haciendo pasar á cuchillo á Quetzalcoztl, señor de la provincia, y á muchos principales, tanto otomíes como tecpanecas.

El buen éxito de las primeras operaciones, era un feliz agüero del desenlace de una campaña, bajo todos aspectos justa. En Otompan dividió el príncipe su ejército, haciendo que los tlaxcaltecas y huexutzincas, al mando de sus respectivos jefes Cenmatzin y Tonalkochitzin, marchasen á Acolman, tomando las poblaciones que estuviesen en su tránsito, y engrosando sus fuerzas hasta donde pudieran. Por su parte, se dirigió á Tezcoco con el resto de la tropa, mientras

que á su izquierda se movían los chalcas por el rumbo de Cohuatlican, para poder apoyar sus operaciones donde fuese necesario.

En número de 10,000 hombres, los chalcas, mandados por Nauhyotl, vieron pronto duplicada aquella cifra con los partidarios que se les agregaron á su paso, y no hallaron obstáculo ninguno hasta la capital de la provincia de Cohuatlican, en donde tenían los tecpanecas una gruesa guarnición. Defendióse con grande energía el rey Quetzalcoztl, pero al fin tuvo que sucumbir, pues fué desamparado de los suyos y quedó con un reducido número, con el cual prolongó la resistencia en el templo mayor, hasta que atravesado de muchas flechas cayó muerto, lo que hizo rendirse á los pocos que le acompañaban. Los chalcas prosiguieron luego su marcha hasta cerca de Huexotla.

El mismo día que Nezahualcoyotl partió de Otompan, llegó en la tarde á Huexotla, cuyo señor, Tlacotzin, que le había sido siempre adicto, salió á su encuentro, acompañado de los principales del lugar y de las tropas que tenía preparadas para ayudarle. Tocantzin y Quauhtliztli, dos hermanos pertenecientes á la nobleza, instaron al príncipe para que se detuviese á descansar en su casa; este condescendió y fué obsequiado espléndidamente; pero lo que mas agradeció, porque mas útil le era en aquellos momentos, fué una cantidad inmensa de armas de todas clases, como arcos, flechas, macanas, etc.

Apenas concluyó el convite, Nezahualcoyotl prosiguió su marcha, llegando á media noche al pueblo de Oztopolca, cerca de Tezcoco. Grande fué el número de amigos, parientes y partidarios que allí se le reunió, formando por sí solos un ejército harto crecido. Allí encontró tambien al príncipe Axayacatzin, nieto de Itzcohuatl, el rey de México, que de parte de este iba á felicitarle por su llegada, y á hacerle saber el conflicto en que se hallaban mexicanos y tlaltelolcas, sitiados por el ejército tecpaneca. Tiempo era ya de llevar á efecto la alianza que tenían celebrada anticipadamente, y

le pedia por lo mismo que le auxiliase en la grave situacion á que le tenia reducido el tirano. Nezahualcoyotl despidió al enviado de Itzcohuatl, reiterándole las promesas que le tenia hechas, y empleó el resto de la noche en tomar todas las disposiciones necesarias para el asalto de Tezcoco en la madrugada del próximo dia.

Llegada la hora, se encaminó á la ciudad el príncipe con todo su ejército en muy buen orden, y al entrar en los arrabales se encontró con una gran multitud de viejos, mujeres y niños, que echándose á sus pies y con lágrimas en los ojos, imploraron su compasion, haciéndole presente que si habian obedecido al tirano, habia sido forzados por las circunstancias, pero que nunca habian dejado de profesar hácia su rey legítimo el debido sentimiento de fidelidad. Nezahualcoyotl se conmovió profundamente ante aquella muchedumbre suplicante, y dió orden á sus soldados para que respetasen hasta al mas humilde de sus súbditos, cebando todo su furor en los gobernantes puestos por Maxtla, y en los demas tecpanecas que se habian establecido en la ciudad.

El ímpetu de aquel numeroso ejército, activamente secundado por la poblacion, fué tan enérgico, que en vano quiso oponerse la fuerte guarnicion que allí habia; y Tilmantzin, hermano bastardo del príncipe, segun hemos dicho; Nonhualcatl, cuñado del primero, y Toxpili, pariente de Maxtla que eran los jefes de los tecpanecas, tuvieron que huir despues de una corta resistencia. La accion fué en extremo rápida, de tal suerte, que á medio dia la ciudad estaba ocupada y tranquila, y Nezahualcoyotl, despues de haber hecho su entrada triunfal entre los entusiastas víctores de una multitud alborozada, se hallaba descansando en su palacio de Cilan.

Mientras que esto pasaba, los tlaxcaltecas y huexutzincas, combinando su movimiento con el del ejército de Nezahualcoyotl, habian invadido el territorio de Acolman, talando todo el país, matando á los habitantes sin distincion de edad ni de sexo, hasta llegar á la capital de la provincia. Allí en-

contraron una fuerte resistencia por parte de la guarnicion tecpaneca que la defendia, pero la ciudad sucumbió al vigoroso ataque, pereciendo á manos de Tenalxochitzin, jefe de los huexutzincas, Teyotocolhuatzin, rey de Acolman y sobrino de Maxtla. Fué tan terrible esta invasion, que muchos lugares quedaron enteramente destruidos, y los soldados hicieron un botin enorme. Despues de esto marcharon en direccion de Tezcoco, para verificar su union con el ejército del príncipe, y darle cuenta de sus operaciones.

Nezahualcoyotl, sin embargo, ocupada ya la capital de su imperio, estaba ignorante de lo que hubiese sido de los tlaxcaltecas; así fué que apenas descansó en su palacio, y dió las órdenes necesarias para mantener el orden en la ciudad y sus alrededores, cuando en la misma tarde salió con un numeroso cuerpo de tropas á auxiliar á sus aliados, á quienes recibió en Chiautla, donde le habia alojado espléndidamente un rico partidario suyo llamado Tetlaxincatzin. Impuesto el príncipe de lo que habian hecho, y de cómo habian dejado competentes guarniciones en todos los puntos conquistados, les cedió los despojos de guerra, felicitándolos por el buen éxito de su empresa. Por lo demas, no teniendo ya necesidad de su auxilio, pues al entrar en sus Estados habia levantado un número de gente muy crecido, les manifestó que podian pasar á Tezcoco á descansar de sus fatigas, ó bien volverse á sus respectivos países, dejando solo las fuerzas que guarnecian las plazas de Acolman. Los aliados optaron por esto último, y se separaron llevando las mas cordiales manifestaciones á sus soberanos, expresando la esperanza de que continuarian prestándole su apoyo en la guerra contra el tirano, luego que organizase su gobierno.

El dia siguiente marchó para Huexotla, en donde los chalcas, concluida la conquista de Cohuatlican, se hallaban acampados. Allí habló con el general Nauhyotl, y despues de felicitar á sus tropas por su buen comportamiento, les cedió, lo mismo que á los tlaxcaltecas y huexotzincas, el cuantioso botin que habian hecho, y les permitió que se retirasen, de-

jando solo algunas tropas de guarnicion en los lugares mas importantes.

Vuelto Nezahualcoyotl á Tezcoco, convocó á los principales del imperio, y se hizo reconocer como legítimo monarca. En seguida guarneció todas sus fronteras con tropas escogidas, desde Tezontepec hasta Chihnahautlan, y desde este punto por toda la orilla de la laguna hasta Iztapalocan. Sin perder tiempo, consagró tambien una atencion especial á restablecer la administracion pública, á crear la policia y á organizar, en suma, todos los elementos de un buen gobierno, desplegando en esto los talentos superiores del soberano, que al valor indomable del guerrero unia el génio profundo del político.

XXIV.

Quince dias habian bastado apenas para que pasasen los grandes sucesos que dejamos rápidamente reseñados, desde que nuestro héroe se vió obligado á huir de Tezcoco, á consecuencia de las intrigas de Maxtla para darle muerte. Esta circunstancia ha parecido de tal manera extraordinaria á algunos historiadores, cuya cándida credulidad se sobrepone á un sano criterio, que no vacilan en atribuirla á una especial proteccion del cielo, en favor del príncipe que nos pintan las antiguas tradiciones como el que abrigó ideas mas rectas acerca de la Divinidad. ~~Recordar~~ recordar cuál era la situacion en que se encontraban los pueblos del Anahuac, en la época á que nos referimos, para ver que muy naturalmente se explica el asombroso éxito de Nezahualcoyotl, obtenido en tan corto período de tiempo.

Obsérvese, en efecto, que la desenfrenada tiranía del usurpador por una parte, y los trabajos de Nezahualcoyotl hábilmente preparados por la otra, habian traido las cosas á un extremo, en que la caída del primero y la elevacion del segundo, tenian que ser la doble consecuencia forzosa de tales antecedentes. El público descontento habia llegado á un